



Vol. 12, No. 2, Winter 2015, 212-233

Opción preferencial por los pobres e idolatría del mercado. Lecturas desde la Teología de la Liberación

Hugo Amador Herrera Torres

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

José Antonio Toledo García

Universidad de La Habana

Introducción

No es posible prescindir de la reflexión teológica en el análisis económico. La Teología de la Liberación (TL)¹ vincula teología con economía a través de la noción de idolatría. La economía, a final de cuentas, es un conjunto de creencias estructuradas, es una racionalidad que busca establecer determinadas instituciones en la sociedad. Estas racionalidades pueden ser constructivas o destructivas, la valoración depende del punto de vista que se considere como referencia. Si las instituciones se colocan por encima del ser humano, sometiéndolo a las condiciones de su operación, la racionalidad resulta destructiva para el ser

¹ De aquí en adelante Teología de la Liberación se abrevia como TL.

humano.² Se trataría de instituciones que han alcanzado cierto grado de divinización. Logrando este status, se convierten en ídolos y los ídolos son dioses terrestres. La teología debe contrarrestar este tipo de racionalidades, articular afirmaciones coherentes con la vida y anunciar la fe en el Dios de la vida. Es una fe humana que proyecta lógicas donde el ser humano esté por encima de cualquier institución, con la libertad plena de relativizarlas y transgredirlas cuando amenace su vida.³

Este artículo tiene como objetivo presentar, desde el enfoque de la TL, la lucha de dioses que se da en la sociedad capitalista actual. Cuando el ser humano deposita su confianza en el dios mercado asume normas de conducta opuestas a las que predica el Dios de la vida. La destrucción no está en el mercado, sino en la forma en que se relaciona el ser humano con el mercado. El Dios de la vida no pretende eliminar al mercado, busca ajustarlo a las condiciones de la vida humana; y aún más: si dicho ajuste requiere transformar el núcleo del mercado, debe hacerse.

Revisar la TL a partir de la producción teórica de Franz Hinkelammert permite adentrarse con claridad a la relación teología-economía. A inicios del siglo XXI, la TL, en el análisis de sus elementos fundantes, indagaba sobre su posición ante la economía de mercado predominante; Hinkelammert no sólo planteó la posición sino diseñó un esquema de pensamiento económico alternativo. La lucha de dioses, entre el Dios de la vida y su negación (dios de la muerte), que se pretende explicar en este artículo se basa principalmente en la obra teológica de Hinkelammert.

El artículo se divide en cuatro partes. En la primera, se presentan los elementos fundantes de la TL. Se pregunta por el significado que tiene Dios en la economía y por el lugar concreto e histórico en el cual se revela. La crítica que hace Marx y la TL a la religión coinciden, pero Marx concluye que la religión es superflua y, por ende, debe eliminarse. La TL, por su parte, la conserva. En la misma crítica de Marx, escribe Hinkelammert

² No se considera, para efectos de este artículo, a las instituciones como sinónimo de organizaciones. Las instituciones corresponden a las reglas formales e informales que guían el comportamiento y la conducta del ser humano.

³ La palabra “dios” se escribe con “D” mayúscula cuando se refiere al Dios que está presente en las relaciones sociales de los seres humanos, se escribe con “d” minúscula cuando hace referencia a otros dioses.

(2010: 139-140), se hace un primer comentario extraño: Dios se hizo ser humano. También Marx hace un segundo comentario extraño: el ser humano—cuando es el ser supremo para el ser humano—se hace ser humano. Cobra sentido el primer comentario: Dios, en tanto el ser humano sea el ser supremo para el ser humano, se hace presente. Con el supuesto de la existencia de este Dios, la religión juega un papel social significativo. La crítica de Marx y de la TL a la religión no es una crítica a una determinada religión, la crítica tiene pretensión universal.

En la segunda, se analiza el mecanismo inevitable de exclusión que desata el mercado como coordinador de la división social del trabajo. En la tercera, se intenta explicar el proceso de sacralización que exige el mercado, proceso que deriva en idolatría. Un ídolo es un dios terrestre amparado y protegido por dioses celestes. Ambos dioses actúan en la Tierra en complicidad. En la cuarta, se identifica al pobre (al excluido de la división social del trabajo) como ente social de análisis y discernimiento de la teología y economía. En esta parte, se intenta enunciar el significado del Dios de la vida y se expone—a la vez—el nuevo lenguaje que utiliza la TL para responder a las mismas preguntas que acompañaron su nacimiento: ¿Qué comerán los pobres? ¿Dónde trabajarán los pobres? Al final del artículo, aparecen las reflexiones obtenidas y las referencias bibliográficas utilizadas.⁴⁵

I. Opción preferencial por los pobres: elemento estructural de la Teología de la Liberación

La TL nació a finales de la década de los sesenta en América Latina. El año de 1968 es considerado tradicionalmente como el año de su origen (Richard, 2004: 26). Las primeras publicaciones sobre sus planteamientos vinieron de Gustavo Gutiérrez, Hugo Assmann, Juan Luis Segundo y José Míguez Bonino. El nacimiento de la TL representa un conflicto con la Teología Convencional (TC)⁶ con el cristianismo ortodoxo, conflicto basado en la concreción de la fe. La TL hablaba—y sigue hablando—de una fe

⁴ En este trabajo no se hace investigación bíblica.

⁵ La interpretación dada a los autores citados es responsabilidad de los articulistas.

⁶ De aquí en adelante Teología Convencional se abrevia como TC.

humana, de una fe cuya vivencia permita al ser humano ser propiamente humano. La vivencia de esta fe—como la presentaba y sigue presentando la TL—era independiente de ser creyente o no (Hinkelammert, 2007: 407).

El conflicto con la TC no tuvo bases relacionadas con la existencia de Dios. La TL nunca negó la existencia de Dios; más bien, apuntó que el dios de la TC era falso. El conflicto no era el ateísmo (ser creyente o no), sino la perversión del sentido de Dios o la sustitución de Dios por otros dioses en la TC (Richard, 2004: 27). El asunto era sobre ¿Qué Dios? ¿Cuál Dios? La TL miraba que el problema central de la TC en América Latina no era un problema ontológico—ser o no ser—ni tampoco una discusión sobre el ateísmo ligado al secularismo, ni sobre la actuación humana alejada de las prácticas religiosas. El problema central era la fe en dioses falsos, dioses que negaban la dimensión humana del ser humano (DEI, 2003: 7; Richard, 2004: 56).

La TL señala—desde su nacimiento—que la encarnación del Reino de Dios debe darse en los aspectos corporales (cuerpo) y espirituales (el alma) que envuelven al ser humano. El cuerpo del ser humano, en la TL, vive como cuerpo-almado: el alma no vive sin el cuerpo y el cuerpo no vive sin el alma. La TC impulsa a los seres humanos a renunciar ascéticamente a la Tierra, enalteciendo el alma y reduciendo el cuerpo a una imagen sin necesidades específicas (Hinkelammert, 1978: 261). La carne es identificada con el cuerpo y el espíritu con el alma. La salvación, predica la TC, está en la liberación del alma inmortal de los poderes malignos del cuerpo mortal.

Al buscar la encarnación del Reino de Dios en la sociedad latinoamericana, la TL se hace teología concreta. Habla de un Reino que implica la satisfacción de las necesidades específicas del ser humano. Estas necesidades no son exclusivamente de tipo espiritual, obviamente forman parte de la condición humana. Se trata también de las necesidades corporales (las del cuerpo físico), sin cuya satisfacción, la vida humana no es posible. Parafraseando a Shakespeare: se quita la vida al quitar los medios físicos para poder vivir. Las necesidades son espirituales y corporales (Hinkelammert y Mora, 2005: 22, 33). La TC sigue mostrándose conservadora, con afirmaciones dogmáticas sin lugar concreto e histórico,

quedándose en marcos abstractos, enalteciendo las necesidades espirituales e invisibilizando las necesidades corporales.

La TL surgió vinculada a los movimientos populares de la década de 1970-1980. Eran movimientos de grupos marginados que saltaban de las periferias de los centros urbanos y de las áreas rurales atrasadas, eran grupos producto de la baja generación de empleos, aún cuando la producción industrial en América Latina estaba creciendo. La TL interpretó esta situación de marginalidad como exclusión estructural y no como fenómeno coyuntural o de transición. Algunos de sus representantes vincularon sus análisis con la obra marxiana, sin considerarse marxistas ortodoxos.⁷

El elemento estructural de la TL es la opción preferencial por los pobres. Elemento al que no puede renunciar; sin éste, pierde su sentido, se desvanece su praxis. Los pobres, en tanto seres humanos, son producto de las relaciones que los humillan, los sojuzgan, los abandonan y los desprecian (Marx, citado por Hinkelammert (2010: 138)). La pobreza no es lo contrario de riqueza material sino la consecuencia de las relaciones que humillan, sojuzgan, abandonan y desprecian al ser humano. En los pobres está la opción contra la pobreza. En los no-pobres no está la opción contra la pobreza. La pobreza se hace posible en el encuentro del ser humano con dioses falsos del cielo y de la Tierra. Los dioses—sean celestes o terrestres—son dioses falsos si en su nombre y a través de ellos se permite que el ser humano sea un ser humillado, sojuzgado, abandonado y despreciado. El ser humano en situación de pobreza no puede satisfacer íntegramente sus necesidades corporales y espirituales.

La opción preferencial por los pobres pareciera tener identidad con el cristianismo. Benedicto XVI, al abrir la quinta CELAM, declaró que la

⁷ Entre las ideas de Marx que tomaron representantes de la TL están: 1) la producción capitalista solo sabe desarrollar la técnica y la combinación del proceso social de producción socavando las dos fuentes originales de toda riqueza: la tierra y el trabajador. La expresión de Marx, para la TL, no era—ni es—economicista, hace referencia a la tierra en tanto naturaleza y al trabajador en cuanto ser humano (Hinkelammert, 1994: 12-13), indica las condiciones que hacen posible la vida humana. 2) La teoría de la fetichización: el trabajador genera el capital, tiene la posición de fundamento (persona) y el capital de fundado (cosa). Con el proceso económico capitalista, el capital se transforma en el fundamento (persona) y el trabajador en el instrumento del capital (cosa). Se hace una inversión espectral de posiciones (Dussel, 1999: 10).

opción por los pobres estaba implícita en la fe cristológica. El principio Cristo incluye al pobre. La TL hace notar que la opción preferencial por los pobres puede venir de puntos de vista no-cristianos. El cristianismo ortodoxo da a entender que Cristo es su centro, pero para que el cristianismo ortodoxo tenga este centro necesita vaciar completamente sus contenidos, empezando por preguntar ¿Quién es Cristo? El cristianismo ortodoxo divinizó a Jesús. Lo convirtió en Cristo. Sustituyó la fe *de* Jesús por la fe *en* Jesús. El mensaje de Jesús es un mensaje por la opción preferencial por los pobres, que es un mensaje humano y no específicamente cristiano. Los escogidos de Dios no son los cristianos, ni la Iglesia, tampoco los judíos, son los pobres (Hinkelammert, 2010: 210-214).

La TL es pensamiento crítico (Hinkelammert, 2007: 406). Su crítica a las sociedades de opresión donde dominan dioses falsos, la hace desde los pobres. Es su punto de partida para la crítica. Con la pobreza se invisibiliza la condición humana, se oscurece, pero no desaparece, ahí permanece. Anunciar que la condición humana se elimina con la opresión de dioses falsos anula la esperanza. La condición humana se mantiene aunque el ser humano nazca en pobreza. La pobreza—al oscurecer la condición humana—representa lo no-humano, esto no significa que la riqueza material simbolice la condición humana y represente lo humano. La condición humana está en las relaciones sociales donde los seres humanos se reconocen entre sí como seres humanos, sin ser humillados, sojuzgados, abandonados y despreciados.⁸

La TL, en el núcleo de su planteamiento, no presenta a un dios externo, muestra a un Dios que se hace presente cuando el ser humano es el ser supremo para el ser humano. Se trata de un Dios cómplice de la humanización. Se trata de la gloria de Dios como plenitud de la vida del ser humano. Se trata de la locución de Irineo de Lyon: *Gloria Dei, vivens homo; gloria autem hominis visio Dei* (la gloria de Dios es el ser humano

⁸ El ser humano es un ser vivo, natural, social y con necesidades corporales/espirituales. Ésta es su condición. Mantenerla obliga a que el ser humano se reconozca como sujeto. Entenderse como sujeto es entenderse en relación con el otro y con la naturaleza. El sujeto tiene que buscar al otro y comulgar con la naturaleza para seguir existiendo. Todos somos sujetos y llegamos a ser lo que somos al no eliminarnos uno al otro ni a la naturaleza (Hinkelammert, 1998: 257). Lo que somos, y lo que llegamos a ser al auto-realizarnos es ser sujetos. El sujeto es el origen de la humanidad.

vivo; la gloria del ser humano es la visión de Dios). El arzobispo Romero lo expresó como *Gloria Dei vivens pauper*: la gloria de Dios es que el pobre viva (Hinkelammert, 2010: 156; Richard, 2004: 41). Dios es solamente ser supremo cuando el ser humano es el ser supremo para el ser humano: Dios se hace ser humano. No se trata, sin embargo, del ser humano que es hoy, sino del ser humano que debería ser y lo que debería ser es ser humano (Hinkelammert, 2007: 403-404).

La principal crítica que la TL hace a la sociedad capitalista está en sus construcciones rectoras: dioses del cielo y de la Tierra, que en complicidad, humillan, sojuzgan, abandonan y desprecian al ser humano. La sociedad capitalista es productora de lo no-humano. El pobre intenta sobrevivir en lo no-humano y el no-pobre reproduce con el consentimiento de sus dioses lo no-humano. La exclusión de seres humanos de la división social del trabajo impide la satisfacción íntegra de las necesidades corporales y espirituales de los excluidos. Siendo excluidos, están en pobreza, son producto de relaciones que los humillan, sojuzgan, abandonan y desprecian. Esta exclusión es inevitable en la lógica de la economía de mercado; evitarla, significaría transformar el funcionamiento de la sociedad capitalista.

II. Mercado y coordinación social del trabajo

El proceso de trabajo de una sociedad (proceso de trabajo total) se compone por los procesos de trabajo individuales y grupales que permiten la producción de los bienes (productos o servicios) que se requieren para mantener la existencia de la misma sociedad. La división social del trabajo en procesos no es propia de una sociedad específica, se presentó tanto en la sociedad tribal como se presenta ahora en la sociedad capitalista. El proceso de trabajo consiste en producir un bien mediante el trabajo humano empleando medios de producción que han sido producidos en otros procesos de trabajo. Se presupone también la producción de bienes básicos a través de otros procesos de trabajo. Son bienes que mantienen la vida corporal del trabajador, vida que hace realizable el proceso de trabajo correspondiente, ya que el trabajador—antes de ser trabajador—es un ser

humano que debe satisfacer las necesidades corporales (y espirituales) que le permitan vivir.

La división social del trabajo hace que los trabajadores se especialicen en cada uno de los procesos de trabajo. La producción mediante procesos de trabajo de los medios de producción y de los bienes básicos de subsistencia hace que se forme una dependencia mutua entre los trabajadores. Cada uno de los procesos de trabajo opera de forma paralela y complementaria. La división social del trabajo presupone la inclusión de todos los trabajadores en los procesos de trabajo.

Cada trabajador debe contar con bienes básicos de subsistencia para que pueda realizar su proceso de trabajo. La división social del trabajo debe—por tanto—ser coordinada de una manera en la que todos los trabajadores puedan obtener estos bienes y puedan efectuar sus respectivos procesos de trabajo. Pero entre más densa se vuelva la coordinación social del trabajo, más difícil es su articulación. En la sociedad tribal esto fue una tarea simple, pues los trabajadores (individuales o grupales) desarrollaban procesos rutinarios, se conocían entre sí, sus técnicas productivas eran estables en el tiempo y habitaban en una misma comunidad. La coordinación social del trabajo en cualquier otra sociedad es una tarea difícil porque los trabajadores desarrollan procesos dinámicos, no se conocen entre sí, sus técnicas productivas son altamente cambiantes en el corto plazo (progreso tecnológico) y habitan en distintas comunidades. En la sociedad capitalista, la coordinación social del trabajo escapó del dominio del ser humano por las limitaciones de su propio conocimiento: no puede articular todas las interacciones de los procesos de trabajo. El mercado surgió como el medio obligatorio de coordinación.

La coordinación vía mercantil es un producto humano que se encuentra acotada por los mismos límites del conocimiento humano. El mercado resultó con fallas. Con el rápido desarrollo de las relaciones mercantiles—a partir del siglo XVI—la producción entró en una dinámica permanente de crecimiento y los procesos de trabajo se volvieron metódicamente calculados. El mercado desde entonces empezó a eliminar procesos de trabajo e hizo necesaria la iniciación de otros. Así, el mercado se transformó en una institución de inclusión-exclusión. Los procesos de

trabajo caducos empezaron a ser eliminados, por ende, se inició también la expulsión de trabajadores, que fueron borrados de la división social del trabajo, desapareciendo—por ende—su capacidad para adquirir bienes básicos de subsistencia. A la construcción de un proceso de trabajo corresponde la destrucción de otro proceso de trabajo (Hinkelammert, 1990: 263-264; Hinkelammert y Mora, 2005: 90-96).⁹

La eliminación de procesos de trabajo es un paso ineludible en la coordinación mercantil de la división del trabajo. La expulsión de trabajadores se hace imperativa. Aflora así lo no-humano: muchos trabajadores—en tanto seres humanos—quedan sin la posibilidad de satisfacer sus necesidades corporales. Las consecuencias del reordenamiento permanente de los procesos de trabajo se traducen en pobreza. Su pobreza es producto de las relaciones mercantiles que los humillan, sojuzgan, abandonan y desprecian. Los trabajadores son arrastrados por la lógica mercantil y el mercado sólo reconoce a los trabajadores insertados en el movimiento de esta lógica. La misma ciencia económica es jalada por esta lógica, la convierte en la ciencia que diseña los procesos de trabajo más eficientes. El trabajador deja de ser el ente de análisis de la ciencia económica. El punto de partida ya no es la satisfacción de las necesidades corporales y espirituales que posibilitan la vida humana.¹⁰

⁹ La división social del trabajo, con la eliminación continua de procesos de trabajo y la respectiva expulsión de trabajadores a través de la coordinación mercantil, ya no es más división “social” del trabajo, sólo es división del trabajo, pierde lo social.

¹⁰ Para algunos economistas, incluso, para algunos académicos de otras áreas no es novedosa y original esta explicación sobre la eliminación de procesos de trabajo—con la consiguiente exclusión de trabajadores—que trae consigo la coordinación económica guiada por el mercado. Hay una cuestión peligrosa, que quizá tampoco es novedosa y original, para estos mismos economistas: aceptan la explicación sobre la lógica excluyente del mercado, pero de tanta repetición que hacen en sus clases sobre el funcionamiento del mercado, vuelven a rechazar esta explicación y reelaboran modelos econométricos para subrayar la importancia del comportamiento de la oferta y la demanda en la selección de los procesos de trabajo que deben estar vigentes. El *Apocalipsis* aquí se hace presente: “La tierra entera siguió maravillada a la Bestia (*el mercado*). Y se postraron ante el Dragón (*el capitalismo*), porque había dado el poderío a la Bestia (*el mercado*), y se postraron ante la bestia (*el mercado*) diciendo: ¿Quién como la Bestia (*el mercado*)? ¿Y quién puede luchar contra ella?”

Para otros economistas también resulta poco novedosa y original la explicación manejada en este subtema. Dirían: “casi todos los economistas ya lo

Las concepciones de economía como valor-utilidad (visión clásica, neoclásica, neoclásica-keynesiana) o como valor-trabajo (visión marxiana) se basan en supuestos. Un supuesto económico se caracteriza por no ser probado empíricamente, pero tiene la capacidad de proveer hipótesis para planear y orientar la acción económica de una sociedad. La tarea del economista no es decir lo que se debe hacer, sino demostrar que lo realizado (o lo que se realiza) está basado en supuestos coherentes con la vida humana. Estos supuestos proyectan—en las relaciones económicas—determinados tipos de valores y también conceptos específicos sobre lo bueno y lo malo. En el interior de la economía existe, por tanto, una visión teológica subyacente y, por el otro lado, en las reflexiones teológicas también existe una visión económica subyacente. En sus contenidos se juega la vida de los seres humanos (Sung, 1991: 35).

Con la re-vitalización del Dios que se presenta cuando el ser humano es el ser supremo para el ser humano, se hace necesario explicar la relación estrecha que hay entre teología y economía. No cabe a la teología discutir la articulación interna de la economía, pero sí le corresponde, a partir de los movimientos de la economía y de los marcos teóricos, quitar la cortina que tapa su estructura y sus supuestos para discernirlos a partir de la fe humana (Sung, 1991: 35). La fe humana puede mirarse desde la noción marxiana de autoconciencia humana. La conciencia humana no es otra cosa que el ser consciente, y el ser consciente de los seres humanos es caminar por caminos que le permitan su propia vida (Hinkelammert, 2010: 138). Ser inconsciente (caminar por caminos que socaven la vida humana) no implica la desaparición de la fe, sino, más bien, refleja una fe no-humana.

III. Idolatría del mercado: constitución del dios de la muerte

saben”. Ellos plantean en sus clases posibles alternativas económicas: desarrollo local, economía ambiental, desarrollo humano, desarrollo sustentable. Empero, terminan poniendo al mercado otra vez como parte nodal de la coordinación de la división social del trabajo. Lo que presentan no son alternativas, sino estrategias para conducirse de otra manera dentro del mercado. Casi todos ellos enseñan desde el punto de vista del no-pobre y no desde el pobre. Sus clases terminan postulando libertades que consisten en libertades para escoger los excluidos (pobres) a producir.

Los ídolos son producto de la imaginación dominadora de los seres humanos. Los seres humanos fabrican imágenes, símbolos o representaciones que llegan a ser reales para ellos y se someten a éstas sin pregunta alguna. Este proceso está relacionado con la totalización, absolutización y divinización de las imágenes, símbolos o representaciones (Sung, 1991: 46). Se trata de un proceso de sacralización. Imaginar, simbolizar o representar es una función permanente en la construcción del conocimiento humano, pero cuando la imagen, el símbolo o la representación fabricada dejan de ser medios para convertirse en finalidad, aparecen los ídolos. Las imágenes, los símbolos o las representaciones se materializan en hechos, instituciones (normas formales e informales que gobiernan el comportamiento del ser humano) u objetos concretos. Los hechos, las instituciones o los objetos por sí solos no son ídolos, adquieren la posición de ídolos por la función totalizada que les asigna el mismo ser humano. La idolatría proviene de una determinada forma de relacionarse con los hechos, las instituciones o los objetos.

Todas las instituciones, desde las formadas en las sociedades tribales hasta las actuales, llegan a totalizarse en un momento específico. El ser humano las estructura como auto-suficientes (Dussel, 1980: 119) y les atribuye categorías insuperables. El mercado se totalizó en la sociedad capitalista y el Estado se totalizó en la sociedad socialista. Los ídolos tienen el papel—altamente operativo—de dar significado a la totalización y, por consiguiente, de legitimarse.

En la medida que se totaliza el ídolo, el ser humano pasa a un segundo plano y queda en función del ídolo. El ser humano ya no se considera la fuente principal de donde se desprende lo demás. El ídolo se opone a que el ser humano sea el ser supremo para el ser humano. El ídolo se auto-declara ser supremo del ser humano en la Tierra y se hace acompañar de dioses del cielo que lo amparen. Se imponen, en alianza, el ídolo de la Tierra y el dios del cielo al ser humano. En efecto, los ídolos de la Tierra son acompañados de dioses del cielo. Esto exige una crítica a la religión. Los dioses del cristianismo ortodoxo hacen notar que no ha terminado la crítica a los dioses falsos (Hinkelammert, 2007: 406). Cuando

algo diferente al ser humano es declarado como su ser supremo, el ser humano será humillado, sojuzgado, abandonado y despreciado.

El mercado—en la sociedad capitalista—ha sido divinizado, se ha transformado en el ser supremo para el ser humano. Es un ídolo que además está protegido por dioses celestes, dioses que también son fabricados en la Tierra. La actitud ciega del ser humano ante el mercado hace que el ser humano construya dioses celestes a semejanza del ídolo. Son dioses celestes que no tienen al ser humano como ser supremo para el ser humano. Son dioses celestes que, a la vez, no se consideran seres supremos para sí mismos. Los dioses celestes tienen como ser supremo al ídolo. Se trata de dioses celestes subordinados y sometidos que son una imagen perfecta del ídolo. Su fabricación partió del patrón terrenal: el mercado perfecto es un dios celeste, el mercado imperfecto (explicado por Keynes) es un ídolo. La imagen del dios celeste es una superación de la imagen del ídolo.

La exclusión social generada por el mercado, exclusión que significa pobreza, anuncia la existencia de un ídolo deshumano. Un ídolo nace de determinados tipos de relaciones con el ser humano. Dios se hace presente o se hace ausente según las relaciones que emprendan los seres humanos. Un ídolo es un dios, pero un Dios ausente desde el punto de vista del ser humano. El mercado es entonces un dios deshumano.

El hecho de que la sociedad deposite su confianza en el dios mercado implica que asumirá un comportamiento específico, que seguirá normas de conducta relacionadas con el egoísmo, con el consumo, con el cálculo de la ganancia máxima. Estas normas son distintas y opuestas a las que provienen del Dios de la vida, donde está el reconocimiento del ser humano como ser humano. El dios mercado impide este reconocimiento, exige un reconocimiento entre los seres humanos como individuos egoístas, posesivos y calculadores. El dios deshumano se opone al Dios de la vida humana y el Dios de la vida humana se opone al dios deshumano. Esto es una lucha de dioses.

El Dios de la vida de la TL representa una crítica a las idolatrías, esto es, una crítica a los valores de la sociedad que funda ídolos, valores asumidos como absolutos (totales), sin que lo sean. Evangelizar significa

enunciar el Dios de la vida, implica desenmascarar el carácter falsamente divino y trascendental del mercado y reducirlo a lo que realmente es, una institución histórica (Sung, 1991: 46).

El Dios de la vida tiene relación directa con la economía, porque en la economía está el campo donde se producen y distribuyen los bienes necesarios que permiten satisfacer las necesidades básicas corporales del ser humano. La afirmación de la *Gaudium et Spes*: “el ser humano es el autor, el centro y el fin de toda actividad económica” (Dussel, 1980: 119), es esencialmente una afirmación contra el dios deshumano, porque cuestiona y entra en conflicto con los dioses del cielo y la Tierra que no tienen al ser humano como ser supremo para el ser humano.

IV. Opción preferencial por los pobres: constitución del Dios de la vida

La existencia del pobre atestigua la existencia del dios deshumano, de una sociedad que carece del Dios de la vida. La ausencia del Dios de la vida es notable cuando la realidad concreta, en especial la económica, pesa sobre los seres humanos. La ausencia es la presencia de lo ausente que se anhela (Tamez, 2001: 303-312). El Dios de la vida está presente cuando se alienta la existencia de una sociedad sin excluidos, sin pobreza, sin relaciones que humillen, sojuzguen, abandonen y desprecien al ser humano.

La presencia del Dios de la vida no está en algún ser ni en el cielo, sino en las relaciones sociales que se dan entre los seres humanos, donde se reconocen—entre sí—como lo que son: seres humanos. En las relaciones sociales está lo humano. La presencia del Dios de la vida no es simplemente una emoción interior, es praxis, es liberación del pobre; pero el camino de liberación debe buscarse, porque el Dios de la vida no dice lo que debe hacerse, su voluntad depende del análisis de la realidad concreta mediante las ciencias sociales (Hinkelammert, 1995: 357-358). La liberación del pobre es el grito mismo del Dios de la vida.

Tamez (2001: 303-304), interpretando una parte de la novela *Canek. Historia y leyenda de un héroe maya* de Abreu Gómez, analiza la relación entre inmensidad y ausencia, donde inmensidad refleja la presencia del Dios de la vida y ausencia la asistencia del dios deshumano.

La ausencia refleja la presencia de la ausencia del Dios de la vida que se anhela.

Canek, el sabio maya, hablo a Guy, el niño frágil y noble de la hacienda:

-Mira el cielo; cuenta las estrellas.

-No se pueden contar.

Canek volvió a decir:

-Mira la tierra; cuenta los granos de arena.

-No se pueden contar.

Canek dijo entonces:

-Aunque no se conozca, existe el número de las estrellas y el número de los granos de arena. Pero lo que existe y no se puede contar y se siente aquí dentro exige una palabra para decirlo. Esta palabra, en este caso, sería inmensidad. Es como una palabra húmeda de misterio. Con ella no se necesita contar ni las estrellas ni los granos de arena. Hemos cambiado el conocimiento por la emoción: que es también una manera de penetrar en la verdad de las cosas.

Las estrellas, escribe Tamez (2001: 304), no dejan de existir por no poderse contar. Están allí, su manifestación exige palabras para enumerarlas. Se trata de palabras especiales que incluyen razón y sentimiento. Inmensidad es una de ellas. Son “palabras húmedas de misterio” (siguiendo a Canek) que muestran lo que existe aun cuando no se pueda contar eso que existe. El sólo hecho de nombrarlas provoca una emoción especial. Ver el cielo con muchas estrellas provoca esa emoción, donde el cuerpo se estremece y la cabeza se une al corazón, sin dar cabida a la razón.

La palabra inmensidad, explica Tamez (2001: 304-305), evoca sentimientos de satisfacción al contemplar un cielo estrellado, pero si no hay estrellas en el cielo, esta palabra no sirve, aunque se sepa que las estrellas existen. Aquí se genera otro sentimiento, uno que manifiesta carencia y dolor. La palabra ‘ausencia’ sería la “palabra húmeda de misterio” que lo expresaría. Hoy, la mayoría de los seres humanos en América Latina está viviendo bajo un cielo sin estrellas, que refleja la ausencia del Dios de la vida. El mercado, el dios deshumano, está robando los sentimientos que hacen sentir seres humanos a los seres humanos.

La TL asume una relación íntima y explícita entre teología y economía al responder preguntas tradicionales: ¿Qué Dios? ¿Cuál Dios? Dios es el Dios de la vida. Y la vida, en la TL, es vista de forma concreta. Si

Dios es el Dios de la vida, Dios es el Dios de la vida del ser humano (Hinkelammert 1990: 257). Es el Dios que se hace humano. Es el humanismo desde el cuerpo-almado. El ser humano, al hacerse ser supremo para el ser humano, trasciende al propio ser humano como es y se transforma en exigencia. Marx (citado por Hinkelammert, 2007: 404) expresa esta exigencia: echar por tierra todas las relaciones en las que el ser humano sea un ser humillado, sojuzgado, abandonado y despreciado. Esto describe al ser humano en su esencia, que es el asunto significativo de la teología y economía: que el ser humano sea tratado, aceptado y reconocido como ser humano. Se trata de la escena del cielo con estrellas que describe Tamez, del desvanecimiento de la presencia ausente del Dios de la vida.

Hablar de vida concreta del ser humano significa hablar de la posibilidad humana concreta de vivir en la única historia posible: la historia humana. Al ser excluido el ser humano de la división social del trabajo por el funcionamiento ordinario del mercado, se niega la posibilidad de que viva. La vida del ser humano que Dios quiere es la vida en su materialidad concreta: existencia de alimento, vivienda, salud, educación, aire puro, ilusión, sensualidad. Estas necesidades no resultan de ningún juicio de valor subjetivo; más bien, son las condiciones de vida de las cuales se derivan los juicios de valor (Hinkelammert 1978: 99, Sung 1991: 33).

El Dios de la vida es el Dios que opta preferencialmente por los pobres, porque en la pobreza se carece—en mayor medida—de las condiciones que posibilitan la vida concreta. Los pobres son los despojados de los medios para vivir, son los excluidos de la división social del trabajo. No se puede hablar del Dios de la vida fuera de esta opción (Sung, 1991: 32). Opción que no se basa en la compasión humana (Gutiérrez, 1986: 12), sino en la praxis de Dios. La liberación del pobre tampoco viene del acto del no-pobre que siente el deber de liberarlo, sino del propio acto del pobre (Hinkelammert, 1995: 357).

Ante las preguntas ¿Cómo actúa Dios? ¿Dónde actúa Dios? La TL contesta que en la liberación de los excluidos. No habla de incluir a los excluidos en la lógica del mercado, incluirlos—así nada más—provocaría los mismos efectos, volverían a ser excluidos. Sería como echar vino nuevo en

odres viejos. Para hablar de inclusión es necesario transformar la lógica del mercado capitalista.¹¹

Hacer una opción preferencial por los pobres, desde la mirada del dios deshumano, parece algo totalmente irracional, porque es una opción preferencial. Algunos quizá acepten hacer una opción por los pobres, pero como una opción caritativa, jamás como una opción preferencial. Optar en forma preferencial por aquellos que el mercado excluye es cuestionar la propia racionalidad que tiene éste. Optar en forma preferencial por los excluidos es para muchos una opción fuera de lugar, dislocada. Por el bien de los pobres, afirma el Fondo Monetario Internacional (FMI), es mejor optar por los no-pobres, ellos pueden transformar la realidad desde arriba a favor de los pobres (Richard, 2004: 69-70).

El FMI hablaba—y sigue hablando—de optar preferencialmente por el no-pobre, quien sacará al pobre de la pobreza dándole un empleo, visto el pobre como un simple objeto del no-pobre. Michel Camdessus (Secretario del FMI en los noventa y hoy miembro del Consejo de Justicia y Paz en el Vaticano) afirmaba—y posiblemente sigue afirmando—que la liberación anunciada por Jesús la llevan los no-pobres, que ellos han recibido la palabra sagrada de dios para cambiar la condición del pobre.¹²

En la opción preferencial por los pobres se mira la sociedad siempre desde los excluidos, visión contrapuesta a la óptica del mercado, que mira

¹¹ De las experiencias notables en América Latina sobre movimientos de liberación se encuentra la del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en México; al menos, en los párrafos de sus declaraciones se identifica al enemigo a combatir: el mercado. Sus planteamientos puntualizan la liberación de los excluidos y no la inclusión de los excluidos en la formación social imperante (Primera Declaración de La Realidad (enero 1996) y Segunda Declaración de La Realidad (agosto 1996): “Contra la internacional del terror que representa el neoliberalismo, debemos levantar la internacional de la esperanza. La unidad, por encima de fronteras, idiomas, colores, culturas, sexos, estrategias y pensamientos de todos aquellos que prefieren al ser humano vivo” (EZLN, 2001: 37).

La liberación de la mujer de su encierro en la esfera doméstica no propiamente significó una liberación de la formación social capitalista. La estructura económica dominante adaptó las demandas femeninas a las exigencias de la reproducción del capital. El aumento del ejército de reserva laboral con la inclusión de las mujeres en el mercado de trabajo disminuyó los salarios de la Población Económicamente Ocupada y también propició el nacimiento de nuevas industrias sumamente lucrativas. Los mismos efectos provocaron los movimientos sindicales. Este comentario no pretende—bajo ningún motivo—minusvalorar el papel social que han tenido estos movimientos.

¹² Para profundizar sobre la declaración de Camdessus véase Hinkelammert (1995: 367-371; 1997: 71-73).

todo desde el no-pobre. La opción preferencial por los pobres es una actitud espiritual, que implica una manera distinta de vivir y buscar al Dios de la vida. Optar por los pobres permite descubrir la Historia de la Salvación que pasa por la liberación de los excluidos del mercado (Richard, 2004: 72-73).

Bertolt Brecht, en uno de sus escritos de 1949, se preguntaba qué pasaría si los tiburones en el mundo marino pensaran y actuaran tal como se piensa y actúa en el mundo terrestre; al mismo tiempo, se preguntaba si los tiburones se portarían mejor con los peces. Se respondió diciendo que (extraído de Marcos, 1999: 138-139):

Los tiburones construirían en el fondo del mar cajas enormes llenas de alimento para que los peces estuvieran gorditos, organizarían grandes festines acuáticos con pececitas portando atuendos escotados, enseñando una que otra cosita, para desatar la alegría, el júbilo y la lujuria de los peces, pues alegres, contentos, calientes y gorditos tendrían mejor sabor. Los tiburones mostrarían que no hay nada más grande y hermoso para un pez que sacrificarse con alegría, también enseñarían a tener fe en ellos y a creer en el hermoso porvenir que están forjando para todos. Promoverían que ese porvenir maravilloso sólo está asegurado si aprenden a obedecerlos. Sería obligatorio además que los peces se guarden bien de inclinaciones marxistas y, si alguno mostrara semejantes tendencias, sus compañeros deberían comunicarlo inmediatamente. Habría hermosos cuadros en las rocas del fondo del mar que representarían los dientes de los tiburones en colores maravillosos y sus fauces como jardines de recreo en los que daría gusto retozar. Una religión también existiría, cuyo evangelio versaría sobre la verdadera vida, que comenzaría cuando los pececitos estuvieran en los estómagos de los tiburones.

Brecht muestra una sociedad con la presencia ausente del Dios de la vida y con la presencia real del dios deshumano. Los tiburones no representan al ser humano, sino al mercado. Los seres humanos son los peces, que sufren relaciones donde los humillan, sojuzgan, abandonan y desprecian. No obstante, la posición que tiene el tiburón es producto de la misma imaginación dominadora del pez (el ser humano en tanto individuo egoísta, posesivo y calculador). El tiburón utiliza todos los medios posibles para legitimar su actuación (como el mercado) y se protege con dioses celestes creados por él mismo. Hinkelammert responde contra esta opción deshumana: el individuo egoísta, poseedor y calculador no es el ser humano, sino lo que se ha hecho de él. No hay resultados sociológicos que

muestran la eliminación del sujeto humano. Al reducirse el ser humano a individuo, se reprime su condición de sujeto, pero no desaparece. Ciertamente, cuanto más el ser humano es reducido a individuo, menos posibilidad hay de dejar esta posición. El ser humano siempre tiene algo de sujeto, aunque sea pequeño, fuera de la conducta que impone el mercado. Si no fuera así, no se podría experimentar ni saber que se vive en una sociedad con dioses falsos (Hinkelammert, 2004: 15-16).

Cualquier institución (como el mercado, el Estado o el tiburón de Brecht), según Pablo de Tarso, se deshumaniza al sacralizarse. Lo deshumano no está en el mercado sino en la manera en cómo se relaciona con los seres humanos. Los seres humanos son libres en la medida que son capaces de relativizar al mercado en función de las necesidades de su propia vida. Se habla de una soberanía del ser humano sobre el mercado o sobre cualquier institución. El ser humano—en cuanto ser humano—es el criterio para discernir, interpelar y transgredir al mercado.

La venida del Mesías que salvará a la humanidad no será por obra del espíritu santo, sino por la misión que corresponde cumplir a todos los seres humanos que habitamos en la Tierra. Cuando alguien habla del cielo, desde la teología como reflexión humana-social, no habla del cielo. En términos del cielo no puede sino hablarse de la Tierra (Hinkelammert, 2010: 160). El curso humano pasa primero en la Tierra y pasa luego en el cielo. La Tierra es el cielo en la Tierra. El cielo es lo que ahora es la Tierra. Los excluidos en la Tierra son a la vez los excluidos en el cielo. La llegada de la Tierra Nueva no es una cuestión contemplativa que involucre únicamente a las almas, es también transformación y construcción de relaciones sociales que no humillen, sojuzguen, abandonen y desprecien a los seres humanos. Por eso no sorprenden los emblemas que saltan de algunos sitios: Dios se hizo humano, un camino se hizo visible. Hazlo como Dios, hazte humano. Si Dios se hizo humano, también los seres humanos se tienen que hacer humanos. Esto se transforma en un criterio de verdad, incluso, en un criterio de verdad para lo que Dios es (Hinkelammert, 2010: 163).

Si la reflexión teológica no tiene como punto de partida la situación económica que pesa sobre los seres humanos entonces la teología será un

discurso vacío (Gutiérrez, 1986: 166). Los teólogos y los economistas se harán merecedores del emblema de consoladores inoportunos (Sung, 1991: 35).

Reflexiones finales

El mercado ha sido divinizado, se ha cerrado sobre sí mismo como la fuente de referencia para conceder la validez a las lógicas económicas, sociales y políticas. El mercado se ha transformado en el ser supremo para el ser humano; siendo así, se ha convertido en un dios falso. La idolatría—en este proceso—es el tema central. Un ídolo es un dios terrestre amparado generalmente por dioses celestes. Los dioses, sean terrestres o celestes, son falsos si permiten que el ser humano sea humillado, sojuzgado, abandonado y despreciado.

La exclusión social—de carácter inevitable—que genera el mercado significa pobreza. Esto advierte la existencia de un dios deshumano (dios falso). Esto anuncia que el mercado es un dios deshumano, un dios falso. Es un dios que hace creer a sus seguidores que sus acciones automáticas y mágicas salvan (tal como lo prometía el tiburón de Brecht). La pérdida de la esencia humana no está precisamente en el mercado, sino en la forma en cómo se relaciona con el ser humano. La relación que tiene concertada con éste es de sometimiento, de obediencia obligada.

La exigencia de la salvación del ser humano necesariamente cuestiona esta lógica mercantil. De la dualidad anticorporal de alma-cuerpo se pasa a la dualidad anticorporal de mercado-ser humano. Hablar del ser humano significa hablar de la posibilidad concreta de vivir. Al ser excluido el ser humano de las relaciones mercantiles por el mismo funcionamiento ordinario del mercado se niega su posibilidad concreta de vivir como humano. La vida del ser humano que Dios quiere es la vida en su materialidad concreta. Dios es el Dios de la vida y, la vida es concreta. El Dios de la vida es el Dios que opta preferencialmente por los pobres (los excluidos), porque los pobres carecen de los bienes básicos para satisfacer sus necesidades de existencia corporal. No se puede hablar del Dios de la vida fuera de esta opción.

Optar preferencialmente por los pobres asume una opción por las relaciones de producción y distribución de los bienes necesarios para la existencia humana. La economía es la encargada de marcar este juego de relaciones y la que decide las posibilidades de vida de los seres humanos. En el centro de la economía está lograr estos bienes. La economía de mercado rompió con esta tradición: convirtió a la economía en el ámbito donde se desarrollan procesos de selección y cálculos para lograr fines mercantiles específicos.

Cualquier celebración humana sin la liberación de los excluidos en la Tierra no pasa más allá de un fenómeno estético. Se habla de liberación, no de inclusión. Hinkelammert (2010: 173) ejemplifica con la novena sinfonía de Beethoven, su himno a la alegría. Éste se vacía al escucharlo en las celebraciones de los incluidos ¿Cuál alegría? ¿Alegría de unos cuantos? Adquiere contenido en la celebración de la liberación de los excluidos. Para que la celebración pueda ser realmente una celebración humana, tiene que haber liberación. Solamente eso hace posible desarrollar un humanismo de la praxis.

La teología debe escuchar los clamores de los pobres, sino perderá su vitalidad. Ahí está el horizonte teológico para re-pensar, re-elaborar y reformular los contenidos de la fe humana. La teología tiene el desafío de firmar la sentencia real contra los dioses del cielo y de la Tierra que no reconocen al ser humano como ser supremo para el ser humano. El discurso teológico debe ser relevante, pertinente y objetivo, no puede quedarse en bagajes dogmáticos abstractos.

Bibliografía

Departamento Ecuménico de Investigaciones (DEI) (2003).
“Introducción”, en *La lucha de los dioses. Los ídolos de la opresión y la búsqueda del Dios Liberador*, DEI (coordinador). Segunda Edición. San José de Costa Rica: DEI y Centro Antonio Valdivieso.

- Dussel, Enrique (1999). "Sobre el sujeto y la intersubjetividad: el agente histórico como actor en los movimientos sociales", en *Revista Pasos*. No. 84: San José de Costa Rica: DEI.
- . (1980). "Religiao como superestructura e como infra-estructura", en *Para uma ética de libertacao latino-americana*. Sao Paulo: Loyola-UNIMEP.
- Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) (2001). "Primera Declaración de La Realidad. Contra el neoliberalismo y por la humanidad", en *Declaraciones de la esperanza*, Frente Zapatista de Liberación Nacional (FZLN) (compilador). Sexta reimpresión. México: Ediciones del FZLN.
- Gutiérrez, Gustavo (1986). *Hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente. Una reflexión sobre el libro de Job*. Lima: Instituto Bartolomé de las Casas-RIMAC, CEP.
- Hinkelammert, Franz (2010), *La maldición que pesa sobre la ley. Las raíces del pensamiento crítico en Pablo de Tarso*. San José de Costa Rica: Editorial Arlekin.
- . (2007). "Pensamiento crítico y crítica de la razón mítica", en *Theologica Xaveriana*. Vol. 57, No. 163. Bogotá: Facultad de Teología, Pontificia Universidad Xaveriana.
- . y Henry Mora (2005). *Hacia una economía para la vida*. Primera edición. San José de Costa Rica: DEI.
- . (2004). "La vida es más que el capital. La democracia de ciudadanos y el proyecto de la sociedad en la que quepan todos los seres humano", en *Pasos*. San José de Costa Rica: DEI.
- . (1998), *El grito del sujeto. Del teatro-mundo del evangelio de Juan al perro-mundo de la globalización*. San José de Costa Rica: DEI.
- . (1997). "La Teología de la Liberación en el contexto económico y social de América Latina: economía y teología o la racionalidad de lo irracionalidad", en *Por una sociedad donde quepan todos*. José Duque (editor). San José de Costa Rica: DEI.
- . (1995), *Cultura de la esperanza y sociedad sin exclusión*. San José de Costa Rica: DEI.
- . (1990). *Democracia y totalitarismo*. San José de Costa Rica: DEI.

- . (1978). *Las armas ideológicas de la muerte*. Salamanca: Sígueme.
- Marcos, Subcomandante (1999). *Don Durito de la Lacandona*. San Cristóbal de las Casas: Centro de Información y Análisis de Chiapas, A.C.
- Richard, Pablo (2004). *Fuerza ética y espiritualidad de la Teología de la Liberación en el contexto actual de globalización*. San José de Costa Rica: DEI.
- Sung, Jung Mo (1991). *La idolatría del capital y la muerte de los pobres*. San José de Costa Rica: DEI.
- Tamez, Elsa (2001). “Leyendo la Biblia bajo un cielo sin estrellas”, en *Itinerarios de la razón crítica: homenaje a Franz Hinkelammert en sus 70 años*. José Duque y Germán Gutiérrez (coordinadores). San José de Costa Rica: DEI.